

EL GRUMETE Y LA ISLA ENCANTADA

COMO el rey y la reina no tenían hijos, el monarca, que a más de rey era un hechicero que se las daba de muy sabio, aconsejó a su esposa que fuese a ver a una hechicera.

- Necesito una criatura - dijo la reina al llegar ante la vieja, cuyo antro tenía, por colgaduras, unas horribles serpientes.

- Mira que te traerá desgracia.

- No, no, siempre será mi alegría. No puedo volverme sin la criatura.

Pidióle entonces a la hechicera su corona de oro, su collar de zafiros, sus brazaletes de perlas, sus broches de rubíes, los diamantes de las hebillas de sus zapatos y las azucenas que llevaba prendidas; lo echó todo en su caldero, y dijo después a la reina:

- Una criatura tendrás con el cabello dorado como tu corona, los ojos azules como tus zafiros.

—p3—

los labios rojos como tus rubíes, y la piel nacarada como tus perlas. Su alma tendrá la blancura de las azucenas Su inteligencia tendrá la claridad del diamante

- ¿Y qué he de darte en cambio?

Nada quería la hechicera, pero, obligada por las súplicas declaró por fin que estaba deseando dejar el oficio, que lo dejaría en cuanto lograrse el cariño de una persona. Entonces la reina la estrechó en sus brazos y le dio medio centenar de besos, mientras decía:

- Pues yo te quiero, y mi hijo te querrá también.

- Esos besos serán un conjuro con el que podrás llamarme. Vuélvete a palacio.

Y, al llegar al palacio, vio la reina que la criatura que había deseado reposaba en una cunita. Pero en los lazos rosas conoció inmediatamente que no era un hijo sino una hija. El rey estaba furioso, porque quería un heredero, y se enfadó mucho con la reina:

- Yo pedí una criatura.

- Pues había que decir: un niño. ¡Pásese usted la vida estudiando magia y siendo rey, para no tener luego un príncipe a quien dejar la ciencia y los estados!

El rey y la reina se pelearon muchas veces en adelante. Él se dedicó a sus libretos y ella a su hija, que fue creciendo y poniéndose hermosísima. hasta cumplir dieciocho años. Un día, el rey, que no perdonaba a la reina. la amenazó delante de su hija, la cual intervino reconviniendo al padre.

—P4 —

- No te mezcles en estas cosas, hija mía dijo la reina, y, dirigiéndose al rey -cierto que es hija,pero con buscarle un buen marido, que sepa de magia si se te antoja.

- Mucha magia tiene que saber para casarse con ella.

Al hablar así, ya pensaba el rey en lo que poco después llevó a cabo. Después de consultar pergaminos y hacer manipulaciones dispuso su plan. Consistía este en trasladar a la desventurada princesa a la Torre Solitaria, que está en una isla situada a doscientas millas de cualquier parte. Le señaló una dote y una bonita renta. Contrató luego a un dragón competente y respetable para que la guardase y vigilará los alrededores.

- Listo será el hombre que pueda llegar hasta ti. Nueve remolinos hay en derredor de la isla. Si en ellos no perece, se las entenderá

—P5—

con el dragón y con el grifo. Ya puedes emplear todo el tiempo que tienes por delante en bordar tu traje de novia. Adiós, niña. La reina, que se había quedado en palacio llamó en su auxilio a la hechicera.

- Por los cincuenta besos que me diste, puedo ayudarte. Té llevaré a la Isla de los Nueve Remolinos. Allí verás a tu hija, pero tendrás enseguida que convertirte en piedra.

Consintió la reina, y todo fue como la hechicera le había dicho. La hechicera añadió entonces:

—P6—

- Dos cosas más puedo hacer por vosotras. Una, que todo el tiempo que transcurra sea un solo día para la princesa. Otra, convertirme yo también en piedra, con lo cual dejaré de ser hechicera, y seré sólo una viejecita dichosa.

Besándose las tres, y la reina y la hechicera se transformaron en estatuas, una a cada lado del portal, la reina con su cetro y la hechicera con una tablilla que tenía unos signos misteriosos.

Empezaron a pasar días, sin que para la princesa fuese más que uno solo; y pasaron así años y años.

Murió el rey malvado, y todo cambió en el mundo menos aquella isla. Muchos príncipes intentaron llegar a ella, pero al ver los nueve remolinos, todos se volvían atrás, temerosos.

Muchísimos años habían transcurrido, cuando grumete que navegaba en su barco de vela, guapo y apuesto como un príncipe, por oyó contar la historia. Miró al mar, vio la oscura superficie cortada por los caballos blancos de la espuma que por ella galopa muy lejos, muy lejos, una lucecita. Su patrón, de quien era sobrino, le advirtió que no hiciese caso de la luz; era la de la Isla de los Nueve Remolinos y cuanto se acercaron a ella, habían encontrado la muerte. La historia debía ser fantástica; no había tal princesa, pero los remolinos existían y eran cosa seria.

El muchacho siguió dando vueltas a su idea, y una mañana se acercó tanto a la isla que vio perfilarse en el rosa del cielo matinal la Torre Solitaria y oyó el rumor incesante de los Nueve Remolinos.

—P7—

Tal estupor le entró. que se estuvo siete días seguidos pensando en aquello; y como cuando se está uno siete días pensando una cosa, no tiene más remedio que llegar a entender, ved aquí lo que observó;

Que durante cinco minutos de los 1440 que forman un día, se aquietaban los remolinos al bajar la marea. Esto pasaba todos los días. Pero cada día,

—P8—

cinco minutos antes que el anterior. De lo cual se aseguró gracias a su cronómetro que cuidadosamente había llevado consigo. Así pues, al octavo día estuvo

dispuesto y cuando eran las doce menos cinco se pararon los remolinos bajó la marea, y el hizo atracar su bote en un lugar de la costa. A las doce y un minuto empezaron otra vez a actuar los remolinos y todo quedó como antes. Entonces vio en la playa a la princesa:

- Vengo a salvaros --le dijo el grumete, se llamaba Nicasio.

Agradéceselo a ella, y empezaron a hablar de las dificultades que aún quedaban por superar: el dragón, el grifo y la salida

- ¿Cuándo duermen estos animales?

- El dragón duerme cada veinticuatro horas, volviéndose de piedra. El grifo duerme a la hora del té, pero el dragón sólo duerme cinco minutos al día, cada día tres minutos antes que el anterior. Con los dos me las entiendo muy bien: yo me dedico a bordar mi vestido de novia; sólo me falta ya bordar una margarita blanca en la manga derecha y una azucena sobre el corazón; el grifo me arregla la casa; con sus alas barre y quita el polvo perfectamente; y el dragón, tiene tal fuego en sí, que en un instante me hace la comida.

Separarse para que los animales no viesen a Nicasio, y el mozo se puso a calcular cuántos días serían necesarios para que el sueño del dragón coincidiese con la marca baja y la detención de los remolinos Si sabéis matemáticas os daréis cuenta de lo

—P9—

pesada que era la operación, y como Nicasio no estaba muy fuerte, nunca acertaba. La princesa le llevaba de comer a una gruta que le servía de refugio, y al verle tan apurado con sus cuentas le dijo:

- La hechicera tiene en la mano una tablilla llena de signos misteriosos. Quizás es lo que buscamos. Sacó ella una copia, y leyeron:

« Dentro de nueve días. Mar. II. 24-Drag. II. 27-Post-data: Y el grifo es artificial ».

Aquella era la solución: dentro de nueve días la marea bajaría a las 11 y 24 y el dragón se quedaría dormido a las 11 y 27. Tenían, pues, dos minutos aprovechables.

Pasados los nueve días, cuando la marea empezó a bajar, Nicasio se dirigió a donde estaba la princesa, y, a la vista del dragón la dio un beso.

El dragón, enfurecido, se lanzó sobre él; que evitó la acometida corriendo hacia la orilla del mar. Las olas se retiraban, cada vez más débiles, y Nicasio, con una cuerda atada al brazo izquierdo, cuya extremidad tenía la princesa en lo alto de las rocas, se metía cada vez más adentro. Pasaban los segundos. El dragón iba detrás del muchacho, y sus garras calientes convertían en vapor el agua que humedece la arena. De pronto sintió que iba a quedarse dormido y quiso retroceder para no convertirse en piedra cerca de los remolinos, pero no pudo y se durmió. Tiró la princesa de la cuerda que tenía en la mano y ayudó al mozo a subir a la playa. Al despertarse el dragón sintió que el remolino le arrebató y así se acabó su vida.

—P10—

-Ahora nos queda el grifo.

Un grifo es mitad león y mitad águila. Como aquél, según la tablilla, era artificial, puesto que el rey hechicero lo había fabricado a toda prisa, la unión no había llegado a ser completa. Esperaron a que estuviese dormido, y acercándose a él, gritaron

- Cuidado, que hay un león detrás de ti.

Volvió sobresaltado el grifo su cabeza de águila y vio efectivamente, un cuerpo de león. Medio dormido aún soltó un picotazo y las patas traseras fueron a clavarse en el cuello del águila y así cada mitad del grifo destrozó a la otra mitad.

Vencidos los animales recobraron su vida humana la reina y la hechicera, y calcula cuál sería el gusto con que la princesa las vio. Pero aún quedaban los remolinos.

- Los hizo el rey con nueve cotas de sangre que derramó en torno de la isla--explicó la hechicera.

Hubo pues, que esperar a que la marea bajara entonces Nicasio dando la vuelta a la isla, recogió nueve rubíes, que eran otras tantas gotas de sangre, cuando la marea subió el mar se quedó quieto y tranquilo como un espejo. Los rubíes se echaban a la tierra y el campo en que cayeron quedó perfectamente rotulado y arado como con los mejores aparatos modernos.

Accesible la isla, vinieron muchos invitados a la boda de Nicasio con la princesa.

Fueron muy dichosos y aquello se convirtió en un frecuentado lugar de veraneo.

Cuando baja la marea, todavía

—P11—

se ve en la arena un dragón de piedra; los niños, sin respeto ninguno, se encaraman en el

Y se queréis saber de qué vivía la princesa cuando el dragón le guisaba la comida, os diré que vivía sus rentas, a muchos les gustaría poder vivir.